

Jean Giono

El hombre que plantaba árboles (1953)

Para que un ser humano muestre sus cualidades excepcionales hace falta la buena suerte de poder observar su accionar durante muchos años. Si este actuar se despoja de cualquier egoísmo, si lo dirige una generosidad ejemplar, si es indudablemente cierto que no buscó ninguna recompensa y si encima dejó en el mundo marcas visibles, podemos decir, sin equivocarnos, que estamos ante una personalidad inolvidable.

Hace más o menos cuarenta años, hice una larga caminata en altitudes totalmente desconocidas por los turistas, atravesando esa viejísima región de los Alpes que entra en Provence, y que delimitan, al sudeste y al sur: el curso medio de Durance entre Sisterón y Mirabeau; al norte: el curso superior del Drôme, desde su fuente hasta Die; al oeste: las planicies del Comtat Venaissin y los murallones de la montaña Ventoux. Ocupa toda la parte norte de los Alpes Bajos, el sur del Drôme y una porción de Vaucluse.

Cuando empecé mi largo paseo por ese desierto de entre mil doscientos a tres mil metros de altitud, había allí solo campos desnudos y monótonos. Solo brotaban lavandas salvajes.

Atravesé estos parajes por lo más ancho y tras tres días de marcha me encontré en una desolación incomparable. Acampé al lado del esqueleto de un pueblito abandonado. No tenía más agua desde el día anterior y debía encontrarla. Esas casas aglomeradas pero en ruinas como

un nido viejo de avispas me hicieron pensar en que debió haber allí, tiempo atrás, un bebedero o un pozo. Había un bebedero, pero seco. Cinco a seis casas sin techo, carcomidas de viento y lluvia, una iglesita de campanario derrumbado, estaban ordenadas como están ordenadas las casas y las iglesias en los pueblitos vivos, pero toda vida había desaparecido.

Era un hermoso día de junio a pleno sol. Sobre esas tierras sin abrigo y altas en el cielo, el viento soplaba con una brutalidad insoportable. Sus gruñidos entre las osamentas de las casas eran los de una fiera perturbada en su banquete.

Tuve que escaparme. Habían pasado cinco horas de caminata y todavía no había encontrado agua y nada me daba la esperanza de encontrarla. Por todos lados reinaba la misma sequía, los mismos pastos leñosos. Me pareció percibir a lo lejos una siluetita negra. La tome por el tronco de un árbol solitario pero, por si acaso, me dirigí hacia ella. Era un pastor. Treinta ovejas acostadas en la tierra ardiente se reposaban cerca de él. Me hizo beber de su cantimplora y más tarde me llevó hasta su pesebre en un socavón de la meseta. Sacaba su agua -excelente- de un agujero que allí estaba, profundísimo, sobre el que había puesto un malacate rudimentario.

El hombre hablaba poco. Es corriente entre los solitarios, pero daba la sensación de estar seguro de sí mismo y que confiaba en esa seguridad. Era insólito en un lugar donde faltaba todo. No vivía en una choza, sino en una verdadera casa de piedra donde se veía que su trabajo personal había reparado la ruina que encontró al llegar. El techo era sólido

e impermeable. Cuando el viento la golpeaba hacía sobre las tejas un ruido de mar sobre las playas.

Todo ordenado y limpio, los platos lavados, el suelo barrido, la escopeta engrasada; La sopa hervía sobre el fuego; vi que estaba recién afeitado, que sus botones estaban bien cosidos, su ropa arreglada con tan minucioso cuidado que no se veían los zurcidos.

Compartió conmigo su sopa. Cuando le ofrecí mi tabaquera dijo que no fumaba. Su perro, silencioso como él, era benévolo sin bajeza.

Nos dimos cuenta enseguida que yo pasaría la noche allá, porque el pueblito más cercano estaba a un día y medio, aún, de marcha. Y para colmo yo conocía el carácter de los raros pueblos de esa región. Hay cuatro o cinco dispersos, lejos los unos de los otros, sobre los flancos de esas alturas, en bosques bajos de robles blancos, extremos de las rutas transitables. Los pueblan hacheros que hacen carbón. Son lugares donde se malvive. Las familias apretadas entre ellas en ese clima extremadamente duro tanto en verano como en invierno, exasperan su egoísmo encerrado. La ambición irracional pierde los límites en el deseo continuo de escaparse de ese sitio. Los hombres llevan el carbón a la ciudad con sus camiones y después vuelven. Las cualidades más sólidas claudican bajo una perpetua ducha escocesa. Las mujeres cocinan sus rencores. Se compite por todo, sea la venta de carbón o el banco de la iglesia, por las virtudes que se pelean entre ellas, por los vicios que pelean entre ellos y por el combate generalizado de los vicios y de las virtudes; sin reposo. Y encima el viento, también sin reposo, irrita los nervios. Hay

epidemias de suicidios y muchos ataques de locura, casi siempre mortales.

El pastor que no fumaba fue a buscar una bolsita y tiró sobre la mesa un montón de bellotas. Con mucho cuidado empezó a examinarlas una tras otra, separando las buenas de las malas. Yo fumaba en pipa. Me propuse para ayudarlo. Me contestó que era su asunto. Desde luego: viendo el cuidado que ponía en este trabajo no insistí. Eso fue lo único que hablamos. Cuando hubo separado un buen montoncito de bellotas grandes, las agrupó por paquetes de diez. Mientras hacía esto eliminaba aun los frutos chicos o los que tenían alguna pequeña rajadura, inspeccionándolos muy de cerca. Cuando logró colocar ante sí cien bellotas perfectas se detuvo y nos fuimos a dormir.

Tratar a este hombre me apaciguaba. A la mañana siguiente le pedí permiso para descansar en su casa todavía un día. Le pareció lo más natural. Para decirlo más precisamente, me pareció que nada podía molestarlo. Ese reposo no me era necesario, pero estaba intrigado y quería saber más. Sacó su majada y la llevó a un pastizal. Antes de salir hundió en un balde de agua la bolsita donde había puesto las bellotas elegidas y contadas con tanto cuidado.

Vi que en vez de cayado llevaba una varilla de hierro gruesa como el pulgar y larga de casi un metro cincuenta. Fingí pasear y reposarme siguiendo un itinerario paralelo a él. El pastizal de sus animales estaba en el fondo de un valle . Dejó el perro cuidando a la majadita y se acercó a mí. Temí que viniese a reprocharme mi indiscreción, pero no: era por donde debía pasar y me invitó a seguirlo si yo no tenía

nada mejor que hacer. Iba hacia unos doscientos metros de allí, a un lugar mas alto.

Cuando llegó adonde quería ir empezó a clavar su varilla de hierro en la tierra: hacía un agujero en el que metía una bellota, después tapaba el agujero. Plantaba robles. Le pregunté si ese terreno le pertenecía. Me contestó que no. ¿Sabía de quien era? No lo sabía. ¿Suponía que era una tierra pública o que era propiedad de personas que no le daban importancia? No le preocupaba conocer a los propietarios. Entonces y con mucho cuidado plantó cien bellotas.

Después del almuerzo empezó de nuevo a elegir su siembra. Creo que debí ser muy insistente en mis preguntas dado que me respondió. Desde hacía tres años plantaba árboles en esta soledad. Había plantado cien mil. De estos cien mil, veinte mil nacieron. De esos veinte mil preveía perder la mitad, por culpa de los roedores y de todas esas cosas imposibles de prever por voluntad de la Providencia. Quedarían diez mil robles que iban a crecer en un lugar donde antes no había nada.

Fue entonces cuando me preocupé por la edad del hombre. Se veía que tenía más de cincuenta años. Cincuenta y cinco me dijo. Se llamaba Elzéard Bouffier. Había tenido una chacra en tierras llanas. Allí realizó su vida. Perdió a su hijo único y después a su esposa. Se alejó entonces a la soledad, donde le gustaba vivir lentamente, con sus ovejas y su perro. Le pareció que esta región se moría por falta de árboles y agregó que, como no tenía nada importante que hacer, había resuelto remediar a la situación.

A pesar de mi juventud llevaba yo mismo una vida solitaria y sabía por lo tanto alcanzar con delicadeza a las almas solitarias. Pero me equivoqué sin embargo en algo: mi juventud precisamente me obligaba a imaginar el futuro en función de mi mismo y buscar la dicha. Le dije que en treinta años esos diez mil robles serían maravillosos. Me dijo con simpleza, que si Dios le daba vida, en treinta años habría plantado tantos, que esos diez mil serían como una gota de agua en el mar.

Por otro lado ya estudiaba la reproducción de hayas y tenía cerca de su casa un almácigo nacido de semillas. Los ejemplares que había protegido de sus ovejas con una cerco, estaban bellísimos. Pensaba también en los abedules para esos fondos donde dormía la humedad a pocos metros de la superficie.

Al día siguiente nos separamos.

Al año siguiente empezó la guerra del 14 para la que fui reclutado durante cinco años. Un soldado de infantería no puede en ningún momento pensar en los árboles. Pero seamos sinceros... lo visto no me había impresionado, lo había considerado un hobby, como un colección de estampillas. Lo había olvidado.

Cuando salí de la guerra me encontré con un minúsculo subsidio de veterano y con ganas de respirar aire puro; entonces y sin ninguna idea preconcebida, retomé el camino por aquellos parajes desérticos.

El lugar no había cambiado, sin embargo, más allá del pueblo muerto, distinguí a lo lejos una especie de niebla gris que recubría las alturas como una alfombra. Desde el día anterior me acordaba de aquel pastor. « Diez mil robles, me decía a mi mismo, ocupan seguramente un espacio muy grande. »

Había visto morir demasiada gente durante cinco años como para no imaginar con facilidad la muerte de Elezéard Bouffier, sobre todo porque a los veinte años se considera a los hombres de cincuenta como viejos a los que solo les falta el morir. No había muerto. Estaba muy vivo y fresco. Había cambiado de oficio. Ahora tenía solo cuatro ovejas pero cien colmenas. Se había desprendido de ellas porque ponían en peligro a sus plantaciones de árboles. Puesto que, me dijo él (y lo constaté), no le preocupó en nada la guerra, había seguido plantando, imperturbable.

Los robles de 1910 tenían ahora diez años y no eran más altos que yo o que él. El espectáculo impresionaba. Me quedé mudo, y como tampoco él hablaba, pasamos todo el día en silencio, paseando por su bosque. Ocupaba, en tres pedazos, once kilómetros de largo y tres kilómetros en donde era más ancho. Cuando uno consideraba lo que había salido de las manos y el alma de ese hombre -sin medio técnicos- se daba cuenta de que los hombres podrían ser eficaces como Dios no solamente para destruir.

Había seguido su idea. Hayas que me llegaban hasta los hombros y se extendían hasta donde alcanzaba la vista, lo atestiguaban. Los robles abundantes y apretujados habían superado la edad en que estaban a la merced de los roedores. En cuanto a la voluntad de la Providencia, para

destruir la obra creada habría tenido que recurrir a ciclones. Me mostró maravillosos bosquecillos de abedules que tenían cinco años, es decir eran del 1915, de cuando yo combatía en Verdun. Los había hecho ocupar todos los fondos donde sospechaba, y con razón, que había humedad a casi flor de tierra. Eran tiernos como adolescentes y decididos.

La creación parecía desarrollarse en cadena. El no se preocupaba. Continuaba con obstinación su simplísima tarea. Pero bajando a través del pueblo, vi correr agua por arroyos que todos recordaban siempre secos. Era el más formidable acto reactivo que vi. Esos arroyos secos llevaron agua antes, en tiempos muy lejanos. Algunos de esos pueblos tristes de los que hablé al comienzo fueron contruidos sobre anteriores pueblos galo-romanos, de los que quedan aún restos, en los que los arqueólogos, al cavar, encontraron anzuelos en lugares donde en el siglo XX teníamos que recurrir a cisternas para tener un poco de agua.

Los vientos también dispersaban semillas. Cuando volvió el agua volvieron los sauces, los juncos, los prados, los jardines, las flores y algún motivo para vivir.

Pero esta transformación se operaba tan lentamente que entraba en las costumbres sin provocar sorpresa. Los cazadores que subían a las soledades persiguiendo liebres y jabalíes se habían dado cuenta de como rebosaban los arbolitos pero lo atribuyeron a la malicia natural de la tierra. Por ese motivo nadie atacaba la obra del hombre. Si hubiesen sospechado lo habrían contrariado. Pero nadie podía sospechar de él. ¿Quién hubiese podido imaginar, en

pueblos y administraciones, tal obstinación de una generosidad tan inmensa?

Desde 1920 no pasé un solo año sin visitar a Elzéard Bouffier. Nunca lo vi aflojar ni dudar. ¡Solo Dios sabe cuanto hace Él en ese sentido! No conté sus dificultades. Podemos imaginar que para un tal logro se debió vencer a la adversidad, que para asegurar la victoria de esa gran pasión se debió luchar contra la desesperanza. Durante un año había plantado diez mil arces. Todos se murieron. Al año siguiente abandonó los arces y retomó las hayas que fueron más logradas que los robles.

Para tener una idea aproximada de este carácter excepcional no debemos olvidar que se ejecutaba en la total soledad. Tan extrema, que al final de su vida perdió la costumbre de hablar. Quizás no le parecía necesario.

En 1933, lo visitó un guardia forestal atónito. El funcionario lo intimó a no hacer fuegos afuera de su casa por temor a que pusiese en peligro el crecimiento de este bosque *natural*. Ese hombre ingenuo le dijo que era la primera vez que se veía nacer por si solo un bosque. Para esa época él se iba a doce kilómetros de su casa a plantar hayas. Para evitarse tantas idas y vueltas pensó construir una choza en el sitio de sus plantaciones. Lo hizo al año siguiente.

En 1935, toda una delegación administrativa vino a examinar el *bosque natural*. Hubo entre ellos una importante personalidad de Aguas y Bosques, un diputado, varios técnicos. Pronunciaron muchas palabras inútiles. Decidieron hacer algo, pero por suerte no hicieron nada, salvo algo muy útil: declararon al bosque protegido por el

Estado y prohibieron que vinieran a hacer carbón con su madera. Era imposible no quedar subyugado por la belleza de estos árboles jóvenes llenos de salud. Sedujeron hasta al diputado.

Entre los capitanes forestales que participaban en la delegación yo tenía un amigo. Le expliqué el misterio. Un día de la semana siguiente fuimos juntos a buscar a Elzéard Bouffier. Lo encontramos en pleno trabajo, a unos veinte kilómetros de la inspección.

El capitán forestal no era mi amigo porque sí. Conocía lo que valen las cosas. Supo callarse. Ofrecí unos huevos que había llevado de regalo. Compartimos bocadillos entre los tres. Pasamos algunas horas en la muda contemplación del paisaje.

El lugar de donde veníamos estaba recubierto por árboles de seis a siete metros de altura. Yo recordaba el aspecto de la región en 1913: un desierto... El trabajo apacible y regular, el aire vivificante de las alturas, la frugalidad, y sobre todo, la serenidad de su alma, le habían dado a ese viejo una salud solemne. Era un atleta de Dios. Me pregunté a mi mismo, cuantas hectáreas iba a cubrir todavía de árboles.

Antes de irnos, mi amigo sugirió brevemente que especies le parecerían adaptadas para ese terreno. No insistió. « Porque ese hombre sabe más me yo », me dijo. Después de marchar una hora y cuando la idea hizo su caminito, agregó: « sabe más que todos, encontró la famosa forma de ser feliz »

Gracias al capitán el bosque y la dicha de aquel hombre quedaron protegidos. Hizo nombrar tres guardias forestales para esa protección. Los aterrizó tanto que fueron incorruptibles ante las coimas de los hacheros pudieron proponerles.

El único grave peligro acechó a la obra durante la guerra de 1939. Los automóviles funcionaban con gasógenos y la leña siempre era insuficiente. Empezaron a cortar los robles de 1910, pero esos parajes estaban tan lejos de cualquier red de carreteras que la empresa fue financieramente mala. La abandonaron. El pastor no vio nada. A treinta kilómetros de ahí, continuaba apaciblemente su tarea, ignorando la guerra del 39 como ignoró la guerra del 14.

Vi por última vez a Elzéard Bouffier en junio de 1945. Tenía entonces ochenta y siete años. Yo había tomado nuevamente la ruta del desierto, pero ahora, a pesar de las ruinas que la guerra había sembrado en el país, un micro aseguraba el servicio entre el valle de Durance y la montaña. Atribuí a este veloz medio de transporte el hecho de que no reconocía más los lugares de mis primeros paseos. Me pareció que el itinerario me hacía pasar por lugares nuevos. Necesité el nombre de un pueblo para concluir que curiosamente estaba en la misma región, antes ruinosa y desolada. El micro me dejó en Vergon. En 1913, era un pueblito de diez o doce casas que tenía tres habitantes. Eran salvajes, se detestaban, vivían de lo que cazaban con trampas; en una situación física y moral semejante a la de los hombres de la Prehistoria. Alrededor de ellos las ortigas devoraban las casas abandonadas. No tenían esperanzas. Lo único que tenían que hacer era esperar la muerte; esta condición no predispone a la virtud.

Todo había cambiado. Hasta el aire. En lugar de las borrascas secas y brutales que me recibían antes, soplaba una brisa suave cargada de olores. Bajaba un ruido como de agua desde las alturas: era el viento en los bosques. De golpe, algo sorprendente: escuché el verdadero ruido del agua corriendo por un cauce. Vi una fuente, abundante, y me sorprendió un tilo plantado a su lado, de unos cuatro años; símbolo irrefutable de la resurrección.

Vergons mostraba trabajos para los cuales hace falta esperanza. La esperanza había vuelto. Habían limpiado las ruinas, abatido pedazos de paredes derruidas y reconstruido cinco viviendas. El caserío tenía ya veintiocho habitantes y entre ellos cuatro familias jóvenes. Las casas nuevas, recién revocadas, estaban rodeadas de huertos familiares donde crecían mezclados, pero alineados, verduras y flores, repollos y rosales, puerros y bocas de dragón, apio y anémonas. Ahora era un lugar donde daban ganas de habitar.

Desde allí emprendí mi trayecto a pie. La guerra, de la que recién salíamos no había permitido el florecimiento entero de la vida, pero Lázaro ya había salido de la tumba. Sobre los flancos bajos de la montaña veía campitos verdes de cebada y centeno. En el fondo de valles estrechos reverdecían algunas praderas.

Bastaron los ocho años que nos separan de esta época para que la región entera refulja de salud y bienestar. En lugar de las ruinas que vi en 1913 se levantan ahora chacras limpias, bien revocadas, que exteriorizan la vida dichosa y confortable. Alimentados por las lluvias y las

nieves que retienen los bosques volvieron a brotar los antiguos surgentes. Canalizaron las aguas. Al lado de cada chacra, en los bosquecillos de arces, los charcos de las fuentes desbordan sobre alfombras de menta fresca. Los pueblos se reconstruyeron de a poco. Se ha establecido en la región una población proveniente de las tierras llanas donde los campos cuestan caros, aportando juventud, movimiento y animo aventurero. Nos cruzamos en los caminos con hombres y mujeres bien alimentados, muchachos y chicas que saben reír y que redescubrieron el placer de las fiestas campesinas. Si contamos la población original, irreconocible desde que vive agradablemente, y agregamos a los recién llegados, más de diez mil personas le deben su dicha a Elzéard Bouffier.

Cuando pienso que bastó un solo hombre, limitado a sus simples recursos físicos y morales, para hacer surgir del desierto una tierra de Canaán, me parece que, a pesar de todo, la condición humana es admirable. Cuando considero cuanta constancia se necesitó en grandeza del espíritu y cuanto encarnizamiento en generosidad para lograr ese resultado, me embarga un respeto inmenso ante el viejo campesino sin cultura que supo llevar a termino una obra digna de Dios.

Elzéard Bouffier murió apaciblemente en 1947, en la residencia hospitalaria de Banon.

El texto de Jean Giono es de libre reproducción según declaraciones del autor. También es de libre reproducción esta traducción, de José Berni.